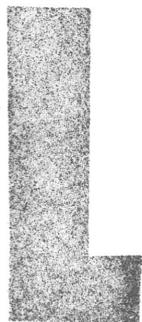
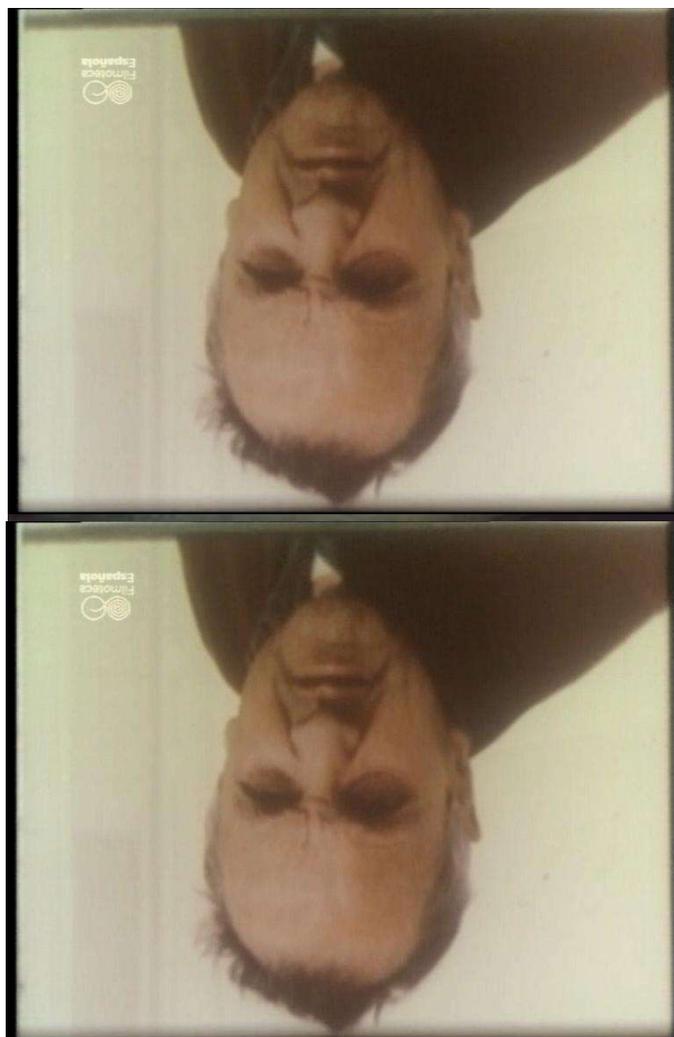


«En transición» En paralelo a VARIACIONES DEL REAL



* XÉNTRIC *



En paralelo a «En transición»

En su único y casi «invisible» filme, Rodríguez Sanz y Coronado filmaron el universo áspero, duro y horroroso de un hospital psiquiátrico de la España de los primeros años de la Transición, su banalidad y sus actividades (teatro, baile, pequeños trabajos), las palabras y los cuerpos de los enfermos. Un documento memorable sobre la opresión familiar y las pesadillas generadas por una sociedad y su historia.

Prólogo, Gerardo Malla, España, 1969, 25 min, vídeo
Animación en la sala de espera, Carlos Rodríguez Sanz y Manuel Coronado, España, 1981, 80 min, vídeo

Sólo a unos principiantes inconscientes se les podía ocurrir la idea de filmar sin tapujos —habría que averiguar cómo lo consiguieron— la realidad desoladora de un hospital psiquiátrico en la España inmediatamente posterior al final de la dictadura. Fue la primera y única película de sus dos correalizadores: el segundo que firma era un crítico de cine y de teatro bastante conocido, ya muerto; el otro, para mí, tan desconocido hoy como entonces. Les salió una película nada convencional. Descarnada, seca, dura y desagradable como muy pocas rodadas en España, antes por supuesto, pero también después. Sin convencionalismos, sin actores, aunque sí con personajes. ¿Acaso no se considera loco al que se ve habitado

por otro ser? ¿Acaso no actúa de una manera disconforme con lo que se considera estadísticamente normal, sin cumplir las normas establecidas de educación, urbanidad e hipocresía? ¿Acaso no cuenta historias que nadie cree, a las cuales se buscan explicaciones simbólicas, metafóricas, traumáticas?

Como no sabían hacer cine, más que de verlo, y les faltaban incluso los rudimentos de la técnica, y más aún los hábitos adquiridos y el sentido de la rutina que a veces pasa «por oficio», se apañaron como pudieron, con poco tiempo y pocos medios materiales, aprovechando el desconcierto y la inaudita libertad recién recuperada en aquellos años de la Transición. No hacía falta nada más para capturar sin maquillajes una realidad hiriente. Nunca se ha pasado por televisión, nunca se ha editado en vídeo (ni, por supuesto, en DVD), los jóvenes no la han visto y algunos de los que la vieron han preferido olvidar esa visión de pesadilla que supo no ser cruel, ni escandalosa, ni retórica, ni compasiva, ni periodística —es justo lo contrario de un reportaje, un verdadero documento—, ni melodramática, ni panfletaria.

Prólogo. Gerardo Malla



No es una película preconcebida, ideológicamente inspirada por la corriente, entonces en boga, de la antipsiquiatría. En eso, y por ello, supera no solamente todo lo mostrado por los americanos neoyorquinos, sino también los manifiestos algo retóricos de Bellocchio y sus amigos Silvano Agosti, Sandro Petraglia y Stefano Rulli (Matti da slegare), de Ken Loach (Family Life) e incluso de Raymond Depardon y Sophie Ristelhueber (San Clemente). Fueron a ver y lo que se encontraron lo reflejaron con lealtad hacia los retratados, tal cual, sin añadir mucho por su cuenta. No hacía falta. Y ellos no sabían cuál podía ser la solución. La única cosa clara es que lo que encontraron les produjo horror, el mismo horror desnudo que la película provocó en sus contados espectadores, que no hemos podido olvidarla.

Miguel Marías. Catálogo de Cinéma du réel, Centro Pompidou, 2005.

Prólogo. Gerardo Malla



permiten componer un cuadro fantasmagórico en el que los pacientes, ensimismados, aparecen y desaparecen de campo por arte de magia a lo largo de unos paseos dubitativos. El efecto de encadenados realizado en el laboratorio anuncia un distanciamiento respecto al objeto representado que a lo largo del filme se irá mostrando mediante ingeniosos recursos que, sin caer en un vacío formalismo, denotan una postura reservada que evita la intromisión.

—junto con imágenes de otros pacientes, completamente abstraídos en ellos mismos— ayuda a crear un tempo filmico concreto que se sustenta en los sigilosos seguimientos de los internos en sus paseos, en las introducciones musicales de piano y en las series de planos que funcionan como intervalos (los conjuntos de imágenes de las manos y los rostros que dan unidad a los quehaceres y las expresiones de los pacientes). «Aquí tampoco estamos mal, ¿no le parece a usted? Hay mucha limpieza, unos médicos bastante buenos, tenemos libertad... se come bastante bien. ¡No estamos tan mal!», dice una de las voces sin identificar, mientras se observan personas aisladas en unos interiores desoladores. Algunas entrevistas y monólogos tan delirantes como el siguiente se incluyen sin incluir a su emisor, dejando un sugerente margen para la elucubración: «A la Luna sí que he subido una vez, ¿entiendes? Ahí se disfruta de gloria eterna. En la Luna hay agua, hay montes, casitas, autos, ahí hay de todo. ¡Gloria eterna la de la Luna! ¿Entiendes? La gente está en la parte de abajo y como van los astros, absorben el personal, ¿ e n t i e n d e s ?

de gloria! ¡Hacen polvorones todos los días!»

Carlos Rodríguez Sanz y Manuel Coronado realizaron entre los años 1978 y 1981 una película que retrata la vida diaria de los pacientes de un centro psiquiátrico de Leganés, atendiendo los resultados de otras propuestas foráneas, con un punto de vista particular. Basculando entre el acercamiento y el distanciamiento —gracias a un uso certero de los recursos estilísticos y un interés en dar voz y acompañar a los protagonistas—, los dos directores conformaron un largometraje documental cuya abstracción resulta más pronunciada de lo que en un principio podría parecer. Un travelling inicial que se introduce en el hospital desde el patio exterior indica, cámara en mano, el grado de curiosidad por definir mediante las imágenes un espacio vital determinado por quienes lo habitan. El plano editado a continuación está tomado en uno de los pasillos interiores del edificio, desde un punto de vista relativamente bajo.

Animación en la sala de espera, Carlos Rodríguez Sanz y Manuel Coronado



diecisiete minutos que dura la película están construidas como intervenciones aisladas que ni dialogan entre sí, ni crean continuidad con las siguientes, más bien se estructuran como compartimentos estancos que se relacionan perfectamente con la desidia, la apatía, la quietud, la contemplación y la espera, manifestada en cada uno de los pacientes. La acción resulta prácticamente inexistente. La sensación de incapacidad comunicativa entre el equipo de realización y las personas filmadas hace que el filme avance como una espera continua por ver animado el panorama. Esa voluntad por romper con la falta de movimiento, que ya se indica en el título de la película, incluye un oxímoron, ya que esa animación, ese interés por provocar la movilidad, choca una y otra vez con la espera, la pausa y el tiempo

m u e r t o . [. . .]

Animación en la sala de espera, Carlos Rodríguez Sanz y Manuel Coronado

